

Escuela de Filosofía de Buenos Aires: ENSAYOS Y DEBATES: Editorial Galerna, 1986. 172 pag. 20 x 11,5 cm. Serie confluencia dirigida por Luis Jorge Jalfen, Jorge Bolívar y Miguel Grinberg.

Introducción

El libro se compone de nueve capítulos que son el resultado de una serie de encuentros que tuvieron lugar en la Escuela de Filosofía de Buenos Aires entre agosto y octubre de 1983. En cada uno de estos capítulos un ensayista, miembro de la Escuela de Filosofía, expone trabajos referidos ya a la obra completa de un autor -como en el caso de Foucault (fr.), Jalfen (arg.), Trías (esp.)-, ya a uno o varios de sus escritos -como ocurre con Dollé (fr.), Kusch (arg.), Roszak (norteam.), Savater (esp.), Rosset (fr.)-, ya circunscribiéndose a un tema específico como ocurre con Baudrillard (fr.).

Cada capítulo va encabezado por una breve referencia biográfica del autor tratado y una enumeración de sus obras. A continuación se encuentra la exposición realizada por el ensayista, seguida de las notas referidas a las citas realizadas. Finalmente se expone un resumen del debate establecido entre el expositor y el público.

En la introducción a la obra se pone de relieve que hay ciertos caracteres que comparten los pensadores tratados y son las siguientes:

- Crítica a la metafísica tradicional.
- Crítica a la idea de tiempo como normatividad del ser.
- Crítica a la dialéctica y a las lógicas del conocimiento cerrada en la auto-confirmación de sus hipótesis.
- Denuncia del logocentrismo.
- Denuncia de las culturas, las instituciones y los órdenes políticos manipuladores del poder.
- Desantropologización de la filosofía.
- Reivindicación de la metafísica y el arte como ámbito del juego, de la libertad y del humor.

Se realizará, como muestra del contenido del libro la reseña de dos de los autores, los cuales han sido elegidos por ser pensadores argentinos: Rodolfo Kusch y Luis Jorge Jalfen.

1. Rodolfo Kusch: valoración de la diferencia

Expositores: Lizel Tornay y Fredy Kofman

La exposición se realizó a partir de la obra de Kusch, "Esbozo de una antropología filosófica americana", Ediciones Castañeda, Buenos Aires, 1978.

Pensamiento Mítico y Pensamiento Racional

El pensamiento mítico pareciera manifestar en sí una mayor amplitud del pensar. En este pensamiento se dan dos momentos. Primero una toma de conciencia de la condición de existente como desequilibrio o desgarramiento -abandono, inmovilidad- que Kusch llama conciencia de la caída. En un segundo momento se reacciona a la situación de desequilibrio con una búsqueda de liberación o salvación la que consistirá en una reconciliación con el misterio que se operará mediante un desplazamiento súbito al punto de máxima comprensión donde se entenderá la situación como sacralizada. La salvación consiste en un diálogo con lo nefasto y situarse en un plano de reconciliación. Es decir que la presencia de lo negativo o nefasto ha llevado a la estructuración del marco simbólico como sentido de la existencia. El autor dirá que en este proceso "lo pensable surge de lo impensable...". En este pensamiento la nada se introduce produciendo un juego de pulsiones ontológicas: ser/no-ser.

El pensamiento mítico es un plano del pensar que admite la presencia de lo diverso puesto de manifiesto en la convivencia tanto con lo negativo como con lo sagrado. Esta tolerancia se constituye en sentido de la existencia y al mismo tiempo conlleva fundamento. La conciencia mítica vive el mito y fundamento. Lo mítico es el abismo, lo indeterminado y en esa medida se aleja de la racionalidad.

En el pensamiento racional, el sujeto a través de la objetivación cree distanciarse de su preocupación por el fundamento. El fundamento sufre un desplazamiento en el tiempo (pasado/origen) y es convertido en causa, es decir se busca una razón que explique. Por otra parte, en el pensamiento racional se descarta la situación límite y se olvida el mecanismo de salvación. Es decir, lo indeterminado, lo no pensado, lo diverso es segregado y ocultado.

El Símbolo

El símbolo es lo indeterminado y Kusch dirá que se instala en la intersección entre lo pensable y lo impensable. Su razón de ser está en lo impensable, hay sentido en el mismo desplegarse del mundo simbólico donde no hay razón en tanto se la entiende como causa que explica; no hay distanciamiento entre ese "alguno" -objeto afirmado o negado- y sujeto. Hay un estar con lo otro, con lo sagrado. En este sentido Kusch habla de "consagración".

Cultura

La cultura es considerada como una concreción en una fecha determinada o a través de un ritual del sentido en el que intuitivamente descansa la vida. Cultura es un refugio para la significación de la existencia, domicilio existencial. Se trata de un "ser-ahí", de un baluarte simbólico que constituye el así llamado suelo.

De tal modo cultura supone lo fundante. Podría decirse que la idea de fundamento en la filosofía es un derivado del concepto de suelo, en el sentido de "no caer más". Por esto Kusch plantea que quizá lo propio de la filosofía ha de ser, ya no su enseñanza misma sino advertir la gravidez del suelo, como una reflexión acerca del fundamento.

Lo económico

La economía puede considerarse como una dimensión simbólica. Kusch relata una experiencia realizada a principios de la década del 70 con una comunidad de alfareros de Cochabamba. El trabajo se realizó empleando el sistema tradicional de producción de las comunidades indígenas. Se logró una reactivación de tipo económico y al mismo tiempo una actualización del sistema de comunicación a través del teatro y de la danza en íntima relación con el acontecimiento de tipo económico. Es decir, que la restitución de elementos culturales produjo un desarrollo de la potencialidad campesina.

No se utilizaron los supuestos llamados científicos, como los provenientes de la sociología, la economía o la psicología.

No se trató de modificar sino de liberar la alteridad a través de la restitución del circuito de acción propio. Este circuito se instala en el área simbólica. Es dimensión simbólica que alude a lo no pensado, a lo indeterminado que, como tal, es fundamento. Los circuitos arquetípicos serían circuitos existenciales cuya efectivización "consagra", es decir, posibilita estar con lo sagrado. En este contexto, un campesino realiza el trueque como un episodio en el que logra una consagración.

Como conclusión de este tema, puede decirse que se pone de relieve el valor de la promoción de los elementos del modelo de cada civilización y señala que no se puede ayudar a una comunidad imponiéndole pautas ajenas. Lo que se debe hacer es comprender e incentivar cada cultura para desarrollar sus propias ideas, su propio ser. Advierte Kusch sobre la riqueza de cada mundo a partir de su particularidad, exigiéndole que se asuma como verdadero en su estar, vale decir, en el modo intransferible de su manera de ser. En este contexto lo americano surge con entidad propia, como fuente de sentido que debemos recuperar en toda su riqueza, dejando de lado a la ciencia europea como modelo privilegiado en su descripción de la realidad.

2. Luis Jorge Jalfen: Los Derechos de la Libertad

Expositores: Rodolfo Hamawi y Marcelo Pérès

Los objetivos de los expositores, a través de sus ensayos, es mostrar que según Jalfen: 1) en metafísica no hay nada que aprender ni nada que enseñar; 2) su pensamiento es tránsito, no un hecho cristalizado; 3) que su pensamiento es desarticulador aun de su propio discurso.

2.1. La libertad como aspiración (Rodolfo Hamawi)

Los discursos de la "verdad", las ciencias naturales y la metafísica

En su trabajo "Los derechos de la nada", Jalfen afirma que la aspiración del filósofo es la búsqueda de la verdad y que en esto coincide con otras formas de discurso como las científicas, ideológicas, religiosas y toda otra forma que supone hablar de la verdad. Considera que las prácticas mencionadas consisten en confirmar los supuestos de los que parten, es decir, que estos sistemas de discurso extraen sus pruebas y su validez de sí mismos, de su propio cuerpo interpretativo.

En el caso de las ciencias, ellas son juez y parte a la vez, pues intentan fundamentar sus afirmaciones desde su propio discurso. Se puede decir que el científico ya tiene de antemano el marco en el que se responderán sus preguntas. Pero aquí se recuerda a Kant y su advertencia en el sentido de no creer que estos discursos hablan de las cosas en sí. Según Jalfen en las ciencias hay correspondencia entre método y fenómeno y ninguno puede entenderse sobre el otro, ninguno es causa del otro.

Para el filósofo en cambio, la verdad a la que se aspira no se instala para hablar desde una verdad determinada, sino por el contrario, la verdad es su tema de reflexión.

El discurso científico realiza la división entre hombre y mundo como forma de entender el ser pero esto no hace más que soslayar el problema. Según Jalfen la filosofía debe aprender a repensar la cuestión del ser en los términos que

le son inherentes, vale decir, desde el punto de vista de la totalidad superando así el dualismo.

En este marco hay que explicitar cuál es la aspiración de la filosofía. Jalfen acude al ejemplo de Sócrates y señala su actitud ante el tribunal que lo juzga: Sócrates acepta el oráculo de Delfos según el cual él es el más sabio de Atenas, poniendo de relieve que su sabiduría radica en que es el único que sabe que nada sabe. Jalfen interpreta que esta nada de la que sabe Sócrates no sólo es el límite del saber sino también el límite de las cosas. El principio fundante del mundo es el no ser, la nada. Por eso podría decirse que el paradigma operativo del deseo del filósofo es su aspiración a la nada.

Pero esta relación entre ser y nada es entendida por Jalfen, siguiendo a Heidegger, cuando dice: "El ser y la nada son lo mismo porque ser significa ser finito, limitado". Todo se presenta como limitado, decimos esto es una silla, esto es un cuadro. Pero además lo que se muestra es que todo flota sobre un fondo de nada, de libertad. El fundamento está en las cosas mismas; el ser no arraiga en ninguna verdad determinada; la verdad es el mismo ser de las cosas. Es decir, la escala apropiada de la verdad es la nada en la medida que no se recurre a ningún ente material o espiritual para explicar el mundo, no se busca un fundamento externo que de razón de lo existente.

2.2. Arte, Ética y Pedagogía (Marcelo Pérès)

Se verá como este pensamiento de Jalfen adquiere significación existencial en tres aspectos concretos: El arte, La ética y la pedagogía.

La óptica del arte

Jalfen afirma que en la actualidad el arte sólo juega un papel de diversión o de adorno, se lo considera como una manifestación subjetiva del artista o a lo sumo intersubjetiva entre el artista y su público. Pero nada dice acerca de la realidad porque este papel es asumido por las ciencias naturales cuando las cosas pertenecen a la naturaleza y por otras ideolo-

gías cuando se trata del hombre. Para el autor, en cambio, se establece una equivalencia entre metafísica y arte, y dado el rol protagónico que le asigna a la metafísica, el arte resulta favorecido en la comparación.

La metafísica es para Jalfen ontofanía (el sufijo fanía proviene de PHAINO: aparecer, mostrarse). Aquí la metafísica está junto al arte, pues ambas tienen como tarea testimoniar el aparecer de las cosas. Pero lo que aparece es el aparecer mismo, que adquiere en el arte estado de manifestación y en la reflexión metafísica, legalidad. Es decir, el ser se muestra apareciendo: del aparecer deja testimonio el arte, y la metafísica a través de la reflexión estética legaliza ese testimonio.

Una ética global

Jalfen aborda el problema de la metafísica reconociendo que toda metafísica está comprometida con un determinado sentido del obrar. Pero la intención del autor es superar el enfoque que toma como centro al hombre y lo que propone es fundar una ontología de las cosas para, desde allí, desprender una ética de las cosas incluyendo al hombre entre ellas. Considera que los entes tienen igual derecho a existir pero no son iguales. Existe una jerarquía para ellos que proviene de la mayor o menor libertad que ellos alojen. Cuanta más libertad contengan tanto mejor serán. Afirma Jalfen que no se debe optar por ningún ente, sino que se los debe dejar en paz y que a partir de esa serenidad los entes por una especie de selección natural pujarán terminando por imponerse aquel que más libertad exprese. Este ente que se imponga ejercerá la supremacía con benignidad y tolerancia.

Una pedagogía viva

Jalfen considera que la educación actual anda mal. Señala que a cada filosofía le corresponde una pedagogía cuya característica es presuponer la existencia de verdades, datos y conocimientos disponibles para ser enseñados y aprendidos, de modo que los alumnos acumulan conocimientos convirtiéndose en "Pequeños propietarios de cultura". Los alumnos

podrán olvidar la información recibida pero lo que no olvidan son los criterios de verdad que se filtran junto con la información y que dejan en el alumno una impresión imborrable acerca de cómo es "el modo de ser de las cosas". La situación no cambia aunque se reemplace un sistema educativo autoritario por otro de inducción autodidáctica. En cuanto al papel de los docentes es servir de vehículos inconscientes de la difusión de esa "característica comunitaria alienada". De este modo las mayorías quedan incorporadas a los prejuicios de base.

Jalfen propone una pedagogía cuyo lema es aprender a aprender: no hay nada que aprender, salvo el aprender mismo, no hay verdades, no hay datos que transmitir y aprender. El "aprendiz" (no ya alumno) se encuentra en una situación donde se despliegan los presuntos conocimientos y a través de una discusión crítica estos son desnudados de verdad. Luego sobre ese material didáctico, el aprendiz ensaya su propia reflexión; su pensamiento se refleja en ese material didáctico y si éste es adecuado y la ocasión propicia, se produce un saber. Pero este saber no es acumulativo porque es un volver a saber. En esa misma situación el maestro descubre que lo que creía saber no lo sabía tanto.

Estas ideas se aplican a la enseñanza de la metafísica. Hay que señalar que para Jalfen la metafísica debe entenderse como una metafísica de la libertad, de recreación, de un permanente estar siendo de las cosas. Por ser recreación su enseñanza coincidiría con su praxis y los textos metafísicos servirían no para ordenar, ni cambiar, ni exponer un cuerpo de saber, sino para vivificar, poner en movimiento, de-enunciar los textos filosóficos (incluso los propios), brindar un tránsito donde se pone en escena un saber del ser. Y ese saber del ser desencadenará lo imprevisto, lo inaudito, lo improvisado. En esta situación debe entenderse el texto como un pretexto y hasta como un catalizador para escenificar el suceso del aprendizaje.

Edith Ferreyra de Medrano